

VISION TITOLIVIANA DE LA HISTORIA DE ROMA

1. Entre las historias de tiempos viejos, hay una que nunca defrauda al espíritu catador de las cosas e ideas que, en las lejanas honduras del pasado, dieron gozosa y animada vida a la vida de un pueblo. Es una historia saturada de maravillas, y tantas y tales son que parece como si fuesen portadoras de confirmaciones al presentimiento de quien a ella va en busca de grandiosos sucesos y extraordinarias gestas. Es la historia de una comunidad libre y civil: la *Respublica civium Romanorum*.

He aquí que en un lugar del *Latium vetus*, junto al benéfico Tíber, y luego que fueron venidos hombres de Etruria para enseñar los ritos que han de ser observados en la fundación de las ciudades, fué abierto el foso, el *mundus* de Roma. En derredor del foso se trazó un círculo, el *pomerium*, y allí fué la ciudad ¹. Una piedra cuadrada dió cobertura al foso. De aquí *Roma quadrata* ². Y en el *mundus* fueron introducidas y guardadas las primicias de todas las cosas que son tenidas como buenas por ley y necesarias por naturaleza ³. Así, bajo los signos más augustos, se echaron los cimientos de Roma.

Con ritos sagrados y notas pastorales—recordemos a Faustulo, el pastor, a los pastores de Numitor y a la loba nutriz—se inicia la vida de la *urbs*. A la sinfonía pastoral sigue

1 PLUTARCO, *Rom.*, 11.

2 FESTO, *de verb. sign.* Lindsay, 310.

3 PLUTARCO, *Rom.*, 11.

el himno guerrero, y el campesino de ayer, legionario luego, conquista para Roma las anchas tierras de todo el mundo antiguo. Nunca mejor que entonces, en la hora triunfal romana, el *mundus* puede significar universo. Roma llega a ser, en efecto, el Universo

En el *suceso* romano—en la historia romana—el fin está en el principio y el principio en el fin. Digamos aquí lo que San Agustín dijo de la Biblia: *Novum Testamentum in Vetere latet; Vetus in Novo patet.*

El relato empieza con dioses y pastores. La poesía primitiva—la *religio* de los pastores—era brote espontáneo del alma, la cual, puesta en contacto con la naturaleza, advertía en las cosas el mundo teológico. El poeta antiguo confundía lo divino y lo humano, la vida y la muerte; tendía un puente entre el polvo y las estrellas y hablaba con los moradores de los cielos. El poeta antiguo descubría la verdad en lo íntimo de su corazón. El poeta antiguo—el campesino, el pastor—crea el mito. En el mito—brote del hontanar del espíritu humano—vibra la grandiosa fuerza, el misterioso impulso que mueve al antiguo romano, aliado de los dioses, a poner en acción un gran proyecto: conquistar para Roma la eternidad. El viejo romano no será ya *fortunatus agricola*, sino eterno *surrectus*. ¿Qué extraños amores—*amicitiae immortales*—agitan los espíritus y los corazones hacia un ideal común que tiene por más alta mira la grandeza de Roma? ¿Y qué suerte de grandeza quieren para Roma los romanos? Roma fué fundada según los auspicios; según los auspicios se cumple toda empresa, en paz y en guerra, en la urbe y fuera...⁴. El auspicio patricio promete la eternidad a Roma: *in aeternum urbs condita, in immensum cresceste*.⁵ Los romanos se van a la busca de lo eterno. ¿Lo conseguirán? Los dioses inmortales dan la fuerza y la victoria a las armas más jus-

4 LIVIO, 6, 41.

5 LIVIO, 4, 4, 4.

tas ⁶. *Le virtus romana* llevará al triunfo. *Optimis moribus et maxima concordia egit populus Romanus* ⁷. Tras la guerra viene la expansión. Todas las ciudades latinas son o tomadas o recibidas en dedición. Ahora es menester tenerlas quietas y en paz perpetua. Los dioses inmortales han puesto en manos del romano el destino del Lacio. No cabe mostrarse crueles con los vencidos y sometidos, pues nada hay mejor que hacer crecer la república recibiendo a todos en la ciudadanía ⁸. Luego Roma establece alianzas con otros pueblos, y trae la unidad a los amigos y la paz frente a ella. Roma protege a sus *socii*, no impera sobre ellos. *Illud patrocinium magis quam imperium poterat nominari* ⁹. Sigue la guerra y se suceden las victorias. Los dioses están con los romanos. Y los romanos triunfan sobre Cartago. La pobreza, el tesón y la virtud pueden más que Moloch, Baal y Tanit. Roma domina en el mar de Occidente. Es una victoria con extraños secretos, que sólo más tarde, en la hora cristiana, serán revelados. Tras el Occidente, el Oriente. Roma es el Universo. Y a todas partes lleva Roma la paz, el orden, el principio de autoridad. En Grecia las gentes sensatas son adictas a los romanos, dice Livio, y se muestran satisfechas del estado de cosas ¹⁰. A la Macedonia, Paulo Emilio “*leges dedit cum tanta cura ut non ostibus victis sed sociis bene meritis dare videretur*”. Roma se presenta al mundo como madre de pueblos, no como dominadora.

La *fortuna*, dirán los antiguos, otorgó a Roma una misión universal: el imperio de todos los pueblos. Vendrá luego un Orosio, con su gran *Moesta Mundi*, y señalará la misión providencial de Roma, “por medio de la cual plugo a Dios pacificar el orbe de la tierra y reducirle a una sola sociedad por

6 POLIBIO, 15, 8, 2-3.

7 SALUSTIO, *hist.*, fr. 2.

8 LIVIO, 8, 13, 10.

9 CICERÓN, *de off.*, 2, 8, 27.

10 LIVIO, 35, 34, 3.

el vínculo de la república y de las leyes ¹¹. El maestro de Orosio, San Agustín, nos dice en la *Ciudad de Dios* que la divina providencia concedió el poder de la dominación a los romanos, los cuales se hicieron dignos de tan preciado don. Y Santo Tomás, en el libro *De Regimine Principum*, nos hablará también de la misión providencial asignada a los romanos, en premio a su amor a la patria, al celo por la justicia y a la solicitud por la felicidad de los ciudadanos.

Luego vendrá la caída. Pero Roma resucitará de entre los muertos. *Roma Resurgens*. Alguien quiso para ella, en el principio y en el fin, en la creación y en el juicio, la eternidad. *Roma Perpetua, Roma Aeterna*. Todavía hoy, en esta hora avanzada del novecientos, es ciudad elegida, Ciudad Eterna.

2. En los albores del siglo XIX se inicia una nueva dirección en el campo de las indagaciones históricas. Más perfectos y refinados instrumentos de investigación, que laboran con los mejores subsidios proporcionados por la filología y la arqueología, aseguran firmes y espléndidas bases a la ciencia histórica. A la introducción del método histórico-crítico va aparejado el descubrimiento de ignoradas culturas de la antigüedad: el cercano y el lejano Oriente, la India y Egipto. El campo de la investigación histórica se amplía en el tiempo y en el espacio.

Con crítica aguerrida y espíritu científico los estudiosos se ocupan en el análisis de detalles, en el desmenuzamiento de datos, a la vista de un material inmenso, multiforme y complejo. Al dictado de reglas y fórmulas, surgen las clasificaciones y esquematizaciones. El científico de la historia cree llegada la hora de descubrirlo todo, dando cima a un

¹¹ *Per quam Deo placuit orbem debellare terrarum, et in unam societatem reipublicae legumque... longe lateque pacare*. Cita tomada de MENÉNDEZ PELAYO, *La historia como obra artística*, en *Estudios y discursos de crítica literaria*, vol. VII, pág. 24. Madrid, 1942.

sistema en el que nada escape al conocimiento de una minucia, de un detalle, de un caso, de un particular hecho del pasado.

Verdad es que ya en el siglo XVII podía hablarse de la existencia de una ciencia histórica; pero es en el XIX cuando encuentra su consagración definitiva. Y junto al arte histórica, es decir, junto a la historia, tenemos ahora la ciencia de la historia, viniendo bien hablar aquí de cómo no estamos muy acostumbrados los modernos a distinguir la una de la otra, con perjuicio de ambas. Por donde los hombres de hoy, más científicos de la historia que historiadores, suelen arremeter en muchas ocasiones contra ciertos antiguos historiadores, especialmente dominados por el arte—que ahí estaba su sentimiento y su misión—y no por la ciencia, la crítica y la erudición. Parécenos bien reproducir unas palabras del romanista Pacchioni, afirmadoras de que una cosa es la historia y otra la ciencia de la historia. “La Historia—dice él—es obra de intuición, creación subjetiva que pertenece al campo propio de las artes y de la adivinación más que al de la ciencia. La ciencia histórica, en cambio, es recopilación metódica de todos los materiales y elementos que sirven para sugerir ideas al historiador en su empresa de reconstruir la serie de los hechos acaecidos”¹².

Creación subjetiva: he aquí la clave. No le pidamos precisión y exactitud a la historia. No queramos del historiador verdad, “sino fuerza espiritual tendida hacia la eterna verdad, que es el eterno bien”¹³.

La historia, ciertamente, no está reñida con la poesía, y a veces, como sucede en los tiempos primitivos, sólo la poesía es historia. Son muchos los que, metidos en la industria de eruditas y minuciosas investigaciones científicas, difícilmente encuentran manera de comprender todo lo que de bueno

12 PACCHIONI, *Breve historia del Imperio romano*, pág. 279; trad. esp. Madrid, 1944.

13 *Ibid.*, ob. cit., pág. 280.

hay en lo maravilloso de las historias relatadas por los antiguos escritores. Al sumergirse en el *mare magnum* de sus indagaciones, todo lo encierran en fórmulas, en claves y en categorías, y el resultado final es crítica, pero crítica fría y seca. Y la crítica les hace incapaces de sentir a los poetas, y acaban por acabar con todo. No es extraño, por ello, que en el siglo XIX la *seriedad* científica llegase a negar la existencia histórica de Homero, trabajándose ahora en volver a vida a quien de verdad viviese en la edad épicoheroica de la literatura helénica.

Un gran crítico y erudito vendrá a decirnos hasta dónde han llegado las cosas en este punto: “Abbiam levato la critica a un grado superiore, tra la scienza e l'arte; ne abbiam fatto quasi un'arte nuova, che sta da se e per se, la critica per la critica. No solo siam vecchi, ma vogliam parer tali: a vent'anni cominciano a scriver critica”¹⁴. Ante una obra de arte, ante una obra poética, sólo es “buen crítico el que es poeta a su vez, cante o no poesía”¹⁵.

Alguien ha dicho que sólo los poetas pueden sentir a los poetas. En verdad que son muchos los lectores de poesía y pocos los poetas—filósofos, al fin, pues que poesía y filosofía son hermanas—. De ahí, cabalmente, la abundancia de escritos cargados de cierta suerte de pesadas e infecundas erudiciones, y la escasez de las nuevas perspectivas, de las miradas nuevas sobre el mundo, los hombres y las cosas. Hemos dicho miradas nuevas, que son las que más nos acercan a la verdad, siempre joven y vieja, de lo eterno.

No proclamamos nuestra aversión a la crítica, pues sabemos que ella ha traído gloriosos resultados al campo de la investigación. Solamente significamos que no debe olvidarse la gran distancia habida entre el historiador y el científico

14 Discurso pronunciado por CARDUCCI, el 8 de agosto de 1873, a la *Lega per l'istruzione del popolo*.

15 UNAMUNO, *Sobre la erudición y la crítica*, en sus *Ensayos*, vol. VI, pág. 105. Madrid, 1918.

de la historia, y que cada uno cumple, con sus propios medios, una tarea propia y distinta. Hay críticos "che sollevino il trono della loro critica a dettare oracoli metafisici dalle nuvole", críticos que "stanno a rischio di mortificare ad ogni modo gli ingegni originali". Pero no hay sólo estos críticos, como pudiera creerse por las palabras de Foscolo aquí acabadas de traer ¹⁶. Hay, en efecto, críticos que saben sentir en poesía, que saben, como Niebuhr, "de la alta felicidad que experimenta el alma en el trato último, con los grandes hombres que ya no existen". Seduce Niebuhr cuando trata de la originaria monarquía, cuando recorre "la primera edad de Roma, separando la poesía de la prosa que corre en el mismo cauce" ¹⁷.

Es el caso que recurrimos a una porción ingente de libros, manejamos multitud de fichas, apuramos mil datos y entramos y seguimos por el camino de un *método* en el oficio de estudiar la *Historia de Roma*, de Tito Livio. Concluye nuestra tarea, y convenimos en que los *Annales* o *Ab urbe condita libri*, se muestran abundantes en falsedades, inexactitudes y tendenciosas parcialidades. Por no ser siempre exacta y precisa, por confundir este con aquel otro suceso, por no ofrecer tiempos de cronología cierta, por ignorar datos de etnología y de topografía, por no satisfacer, en fin, nuestra avidez de ciencia en el conocimiento de cada caso y de cada situación histórica, terminamos por decir que no es *historia*.

Insistimos en que una cosa es la historia y otra la ciencia de la historia. Volvemos a afirmar que lo que da esencia, significado y valor a la historia es la subjetividad, es la imagen de los hechos históricos a través de la mirada del historiador. De ahí que la historia entre más en el campo de las artes y de la adivinación que en el de la ciencia. Para escri-

16 FOSCOLO, *Discorso sul testo della Commedia di Dante*, I. Milán, 1934.

17 TAINÉ, *Tito Livio*, trad. esp., Madrid. *La España Moderna*, s. a., pág. 81.

bir historia hay que ser artista. Y señalemos todavía que la labor del científico de la historia no puede parar en la regla, en la fórmula, en el cálculo. Ciertamente que la tarea del científico de la historia, siempre conforme a método, se cifra en la recopilación de materiales, en el análisis de detalles, en el desmenuzamiento de datos; pero advertamos que el trabajo crítico y erudito sólo rinde buenos y espléndidos resultados cuando en el alma del investigador no falta la “inclinación secreta que nos lleva a adivinar lo que ha perecido” También aquí es menester el arte adivinatorio, un arte singular que no se da en todos los espíritus.

A la hora de hacer investigaciones en torno a Tito Livio suele ser desviado o torturado el pensamiento y el sentimiento del escritor, esto es, el ingenio original. A mi ver —*tel miroir, telle image*—, Tito Livio es un gran historiador y un gran orador, y tanto lo uno como lo otro, fundidos en una misma esencia, por ser poeta. No pueden separarse historia y poesía, como tampoco poesía y oratoria. A la verdad, “no hay dos mundos distintos, uno el de la poesía y otro el de la historia, porque el espíritu humano, que crea la una y la otra, y a un tiempo la ejecuta y la escribe, es uno mismo, y cuando quiere aislar sus actividades y engendrar, verbigracia, obras poéticas que no tengan raíces en la historia o en la sociedad donde nacen, produce sólo un *caput mortuum*...”¹⁸. Y cierto es también que “todo gran orador es, ante todo y sobre todo, un poeta, y todo poeta es orador, aunque sea orador mudo”¹⁹.

En la visión titoliviana de la historia de Roma hay imprecisiones, ignorancias y errores; pero hay también puntos de verdad, encerrados en ese *quid divinum*, en esa singular forma que fluye del alma del escritor. En el verbo de Tito Livio vive el espíritu de la vieja casta romana. La *Historia*

18 MENÉNDEZ PELAYO, l. c., pág. 14.

19 UNAMUNO, *Poesía y oratoria*, en sus *Ensayos*, vol. IV, página 127.

de Roma, de Tito Livio, hecho un aparte de los errores y falsedades, se halla identificada con el alma del autor, con la vieja patria, con el ayer, el hoy y el mañana de los tiempos en que fué escrita, con la verdad poética, bella interpretadora de la verdad real.

Fray Jerónimo de San José, en su *Genio de la Historia*, nos describe, con letras henchidas de singular encanto, la tarea del historiador: "Yacen como en sepulcros, gastados ya y deshechos, en los monumentos de la venerable antigüedad, vestigios de sus cosas. Consérvanse allí polvo y cenizas, o cuando mucho, huesos secos de cuerpos enterrados, esto es, indicios de acaecimientos, cuya memoria casi del todo pereció; a los cuales, para restituirles vida, el historiador ha menester, como otro Ezequiel, vaticinando sobre ellos, juntarlos, unirlos, engarzarlos, dándoles a cada uno su encaje, lugar y propio asiento en la disposición y cuerpo de la historia; añadirles, para su enlazamiento y fortaleza, nervios de bien trabadas conjeturas, vestirlos de carne, con raros y notables apoyos; extender sobre todo este cuerpo, así dispuesto, una hermosa piel de varia y bien seguida narración, y, últimamente, infundirle un soplo de vida con la energía de un tan vivo decir, que parezcan bullir y menearse las cosas de que se trata, en medio de la pluma y el papel."

¿Fué Tito Livio un historiador a esta manera?

3. Verdad es que la crítica—y volvemos a terreno ya andado—ha traído resultados gloriosos al campo de la investigación. Desconocerlo sería tanto como estar movido por el error o demostrar una imperdonable ignorancia. Ahora bien; la ciencia histórica, a la hora de clasificar y valorar las fuentes, se encuentra con numerosos e intrincados problemas que no pueden ser resueltos con patrones matemáticos, con criterios exactos, con principios fijos e inmutables, a los que está muy acostumbrada la docta crítica. Si así se procede hay el peligro de conmover, por un criterio puramente formal, el orden del espíritu.

De una parte, no es posible aplicar idénticos criterios para todas las edades de la historia romana, y de otra, la tarea investigadora no puede adoptar rígidamente aquellos dos principios sobre los que, en vista de los defectos que entrañan, llamara la atención Pais: de un lado, “fijar las fuentes canónicas y contraponer a ellas las de menos valor, antes bien, de ningún valor, que son, consiguientemente, rechazadas”; y de otro, “recabar argumentos *ex silentio* convalidados por la anterior apreciación de las fuentes”. Con gran acierto señala el crítico italiano los inconvenientes y excesos a que la aplicación de semejantes principios conduce. “El estudio objetivo de la antigua tradición nos enseña... que no tenemos elementos suficientes para seguir rígidamente determinados criterios sobre las fuentes primarias y secundarias. Mucho de lo que no parece aceptable en las fuentes secundarias, después de un cuidadoso examen, se revela digno de fe. Y a veces también en las fuentes juzgadas primarias y más autorizadas hay equivocaciones y errores”²⁰.

La crítica, hoy elevada al rango más alto, gracias al manejo de refinados instrumentos de investigación, tuvo ya sus representantes en Polibio y Tucídides, tomados por nosotros como modelos de historiadores. Ahora bien; si Polibio y Tucídides fueron críticos en la hora de componer sus historias, y si los analistas romanos tuvieron por mejor guía a la sola fe, conviene que nos situemos en buen terreno al momento de valorar las fuentes tenidas por primarias y canónicas y aquellas otras que estimamos de orden secundario. Un crítico sincero, nada apasionado y siempre grandioso, como es Pais, nos advierte que muchas noticias conservadas en la tradición liviana faltan en Polibio, y, sin embargo, merecen ser creídas en la mejor manera. Carecemos de datos suficientes para estimar falso todo lo que se apoya en la sola fe de los analistas romanos, y no sabemos si ese mismo sentimiento

²⁰ PAIS, *Ricerche sulla storia e sul diritto pubblico di Roma*, vol. I, pág. 5. Roma, 1918.

nacional que a éstos movía, no se diese también, pero produciendo efectos contrarios, en los griegos. Dificultad grande encontramos para distinguir, de una manera clara y precisa, lo que haya en las fuentes de puramente romano y griego. No hallamos buen modo de poder negar terminantemente que en varios casos las tradiciones leídas en los autores griegos hayan dejado de inspirarse en la analística romana. Y también debemos observar que en fuentes consideradas de primer orden, tales como las suministradas por Polibio, hay numerosos hechos que, siendo dignos de fe, fueron silenciados. Esto no autoriza, en verdad, a decir que deben rechazarse porque sea Livio, por ejemplo, el que los refiera.

4. Ni la pasión ni el entusiasmo por Livio pueden traer una ceguera tal a nuestros ojos que lleguemos a punto de creer que todo aquello en lo que él discurría con tanta duda y con tanta dificultad, deba ser tenido por fidedigno. Con relación al período más antiguo de la historia de Roma, Livio declara expresamente que, dada la escasez de noticias y la antigüedad de los hechos narrados, no era posible distinguir lo verdadero de lo falso. Tal declaración, cuyo contenido verdadero no podemos negar, se halla confirmada en Cicerón ²¹.

Para reconstruir la originaria historia de Roma—una historia obscura, por su excesiva antigüedad, que el gran alejamiento en que se presenta apenas permite percibirla—, Tito Livio puede acudir a los datos suministrados por tres fuentes: las leyendas, los documentos y monumentos del pasado, los escritos de los analistas. He aquí que las leyendas—bien lo sabe Livio—no constituyen testimonios irrecusables. En sus orígenes recibirían el ornato de la fantasía, y aunque contuviesen una parte de la verdad, siquiera sea mínima, ésta debió perder en exactitud y en precisión al transmitirse oralmente de generación en generación. Por eso

21 Liv., 6, 1; Cic., *Brut.*, 16, 62; cf. Liv., 8, 40, 4.

ninguna mejor postura que la que se cifra en no afirmar ni rechazar los hechos que la leyenda encierra. Cabe ahora que Livio se ponga en contacto con los documentos y monumentos del pasado. Y el paduano se encuentra con que son pocos y raros los monumentos escritos, únicos custodios fieles de la historia. Las memorias que se guardan en los comentarios de los pontífices y en los monumentos públicos y privados de la ciudad, perecieron casi totalmente en el incendio gálico ²². Ahora bien; si se salvaron algunos testimonios—lo cual todavía es discutible—, habremos de pedir los modernos, siempre exigentes en los principios de la crítica y de la doctrina arqueológica, que Livio vaya a su encuentro. Pediremos, en efecto, si no queremos condenar al paduano, que aclare, contraste, verifique y ordene las memorias domésticas, los monumentos, las estatuas, las leyes escritas conservadas en los templos y en los archivos religiosos, familiares y de los magistrados, las costumbres sagradas y profanas. Y Tito Livio no ignora, como no lo ignora tampoco Cicerón, que las memorias domésticas estaban tendenciosamente falsificadas, como falsificados estaban los monumentos ²³. Sabedor es de los anacronismos y engaños abundantes en las memorias custodiadas por el sacerdocio. Del mismo modo que Cicerón, sabe Livio que las leyes y documentos conservados en los archivos privados o sacerdotales, fueron objeto de alteraciones o supresiones. Por eso, ni uno ni otro consideran fidedignas las *laudationes funebres*. Tal vez no se oculte a Livio que la interpretación de las costumbres antiguas, sean sagradas o profanas, no puede conducir a resultados satisfactorios, tanto por la escasez de material como por la facilidad con que la fantasía trabaja siempre sobre todas las manifestaciones de arte. Y acaso no ignore tampoco la dificultad que encierra toda tarea dirigida a verificar recons-

²² Liv., 6, 1; PLUT., núm. I; DIOD., XIV, 115; Inst., XX, 5, 4.

²³ Cic., *Brut.*, 16, 62; Liv., 8, 40; 4, 16, 4

frucciones gramaticales, tarea en la que el mismo Varrón estuvo bien poco afortunado. Es lo cierto que Livio se encuentra ante documentos y monumentos llenos de falsedades y errores ²⁴. Lo único que podrá decirse es que "aun cuando muchas narraciones sean verosímiles en sí, es indudable que ningún documento contemporáneo a tales hechos pudo permitir a los escritores de las épocas posteriores su comprobación y su crítica" ²⁵.

Tito Livio recurrirá ahora a los analistas. Fabio Pictor, Cincio Alimento, Calpurnio Pisón, Licinio Macro, Valerio Anziato, Elio Tuberón, Claudio Cuadrigario, son los autores a los que Livio acude para los diez primeros libros. A semejanza de lo ocurrido con las leyendas, los documentos y monumentos del pasado, el paduano se encuentra ahora ante historias donde la falsedad y el error tienen también cabida. Aquí procede Livio de modo que no se limita a volcar en su obra los escritos de los analistas, sino que lleva a cabo un previo examen, un contraste, una ponderación. Unos y otros son valorados conforme a ciertos principios, y en la elección triunfa el que es tenido por más autorizado, el que es considerado como más digno de fe. Entre todos, Valerio Anziato suministra a Livio el más abundante material, pero no está

24 ¿Vió, examinó, aclaró y ponderó todos y cada uno? Verdad es que habría que saber, en primer término, si tales documentos de la antiquísima historia romana se conservaron, y, en todo caso, sólo podemos proceder aquí con la cautela que aconseja PAIS. Livio y otros autores hacen referencia a documentos del período monárquico y de los primeros tiempos republicanos que todavía podían verse en la época augustea. El escritor paduano señala que en el incendio gálico perecieron la mayor parte, llegándose a extraer de las cenizas *foedera* y *leges*. La misma tradición admite que llegó a salvarse algún monumento. Sin embargo, advierte PAIS que "alcuni fra i dati a lui riferiti sulla conservazione di tali documenti non son tali da garantirci di fronte al pericolo di malintesi e talvolta anche di frodi": PAIS, *Storia critica di Roma*, vol. I, pág. 5. Roma, 1918.

25 ARANGIO RUIZ, *Historia del Derecho romano*, trad. esp., pág. 5. Madrid, 1943.

libre de las censuras del paduano. Ciertamente, la labor de Livio entró aquí en el terreno de la erudición. Pero Livio sabe que a la verdad difícilmente puede llegarse. Muchas noticias suministradas por los analistas—incluso los más antiguos, como Fabio Pictor y Cincio Alimento, alejados, por otra parte, cuatro o cinco siglos de la fundación de la ciudad—tienen apoyo en raros y deficientes documentos, probablemente falsificados. A la verdad, “que faltasen a los analistas e historiadores más antiguos fuentes y materiales de otro género, propios a servir de base suficiente a una narración histórica fidedigna, es hecho indudable confirmado por la simplicísima consideración de que, si hubieran existido, habrían sido, con toda certeza, utilizadas por los más antiguos historiógrafos griegos, los cuales, como es sabido, se interesaron mucho por las cosas italianas”²⁶. De otro lado, no ignora Livio que las narraciones de Fabio Pictor, Valerio Anziato, Licinio Macro y Claudio Cuadrigario son un canto de familia a las gentilidades Fabia, Valeria, Licinia y Claudia.

Livio se encuentra solo, aislado, frente a la historia antigua. Frente a la prehistoria, acaso pudiera decirse sin pecado. ¿Y vamos a afirmar que falta en él el sentido histórico, el criterio científico, el sano criterio de la doctrina arqueológica? Livio no era un paleontólogo, ni hubiera podido serlo.

Se dirá que Livio no es un crítico. Mas criterio de buena crítica hay en el paduano cuando manifiesta la imposibilidad de escribir una historia verdadera a la hora en que faltan o escasean grandemente testimonios escritos y documentos contemporáneos. Criterio de buena crítica hay también en Livio cuando declara que, tanto por las falsas genealogías de la nobleza como por la postura tendenciosa de los analistas, fué obscurecida y alterada la memoria de los más viejos tiempos. ¿Qué más y mejor crítica podía pedirse

26 PACCHIONI, ob. cit., pág. 262.

a Livio que aquella cuyo fundamento se encuentra en la certeza de la duda, en la confesión de la ignorancia y en la noticia de la existencia de lo falso?

He aquí a Livio solo, aislado, reducido a sí mismo, de cara a una antigüedad lejana y oscura. Leyendas, monumentos y escritos de los analistas plagados de errores y falsedades. Frente a la prehistoria, ¿cómo se escribe una historia? Así debió plantearse el problema a Livio. Mas si los testimonios no son siempre fidedignos, todavía queda abierto un camino. El genio tiene alas y puede volar por los cielos de la verdad poética al encuentro de la verdad real. En este discurrir, lo verosímil será la medida de lo verdadero, y "también es real lo verosímil"²⁷. Sin afirmar ni rechazar nada de las viejas leyendas, y recogiendo los datos suministrados por los analistas, Livio no añade nada nuevo. Se atiene a lo tradicional, donde no vive la historia, sino la poesía, la cual, siendo la única forma de historia entonces conocida, se alimenta de los pechos de la realidad²⁸.

Tito Livio no inventa nada, sino que interpreta los elementos que le brinda la tradición. Por el camino del arte histórica, por el camino de la historia oratoria, discurre Livio.

5. Tito Livio, historiador, orador y poeta, nos brinda una historia que sirve para el arte, una historia en la que los hechos han atravesado el espíritu del escritor, una historia, en fin, en la que siendo el relato perfecto, los colores, los rasgos y los caracteres del cuadro son creación del sujeto, pura creación imaginativa. Esa historia se nutrirá de lo conjetural y de lo verosímil, de lo fabuloso y de lo real. El historiador no nos dirá dónde comienza la verdad y dónde aca-

27 MENÉNDEZ PELAYO, loc. cit., pág. 15.

28 MENÉNDEZ PELAYO: "Así la poesía, unas veces precede y anuncia a la historia, como en las sociedades primitivas, y es la única historia de entonces, creída y aceptada por todos, fundamento a la larga de las narraciones en prosa...", l. c., pág. 15.

ba la ficción; pero ahí tenemos una historia. Si resultara que todo es fantasía, la obra del escritor no dejará de contener una verdad, la verdad poética, que siempre se alimenta de la realidad. En todo caso, ahí habrá una historia, porque la historia ha suministrado la materia de la obra, sobre la que ha laborado el arte.

La obra de Tito Livio es, pues, una historia a la manera oratoria o clásica. Tan apartados estamos los modernos de esta concepción de la historia como arte, que difícilmente acertamos a comprender de qué modo el historiador, al laborar con los medios que el arte suministra, ha escrito un poema que se ha nutrido de la realidad de lo histórico. Cuando enjuiciamos a Tito Livio, hemos de poner buen cuidado en considerar que al acercarse él al pasado, a un pasado obscuro y remoto, que apenas se advierte, el problema histórico que se le plantea no puede apartarse del carácter individual, de la condición cultural, de la preocupación intelectual del escritor.

La historia de Tito Livio no será una historia de hechos mecánicamente reflejados, y acaso ninguna historia deba ser esto. Es más, los hechos mismos no importan. Lo relevante es la idea. La idea penetra a través de la fronda de lo ficticio y de lo real, de la fábula y de la historia, para traer enseñanzas de los recónditos motivos de las acciones humanas.

Si la moderna ciencia histórica es una ciencia inexacta ²⁹, por cuanto las reglas, los cálculos, las fórmulas, los patrones matemáticos fallan con harta frecuencia; si la reproducción precisa y verdadera de los hechos es también imposible muchas veces a los contemporáneos; si, en fin, el historiador se encuentra frente a "grandes complejos sin solución", ¿cómo vamos a desterrar el carácter individual, la educación intelectual, el arte adivinatorio que en el historiador

²⁹ HUIZINGA, *Sobre el estado actual de la ciencia histórica*, página 55, trad. esp. Madrid, 1934.

deben darse? ¿Cómo vamos a pedirle al historiador algo que acabe en una fórmula matemática? La tarea del historiador concluye en el tratamiento sintético, en la representación viva y animada—artística—de algo que, independientemente de lo exterior y de lo que el escritor por sus medios añade, “en la realidad misma está y que no todos los ojos ven, sino los del artista solamente”³⁰.

Se dirá que la historia de Tito Livio, en lo que atañe a los más antiguos tiempos romanos, está dominada por la fantasía, y que no es dado a la historia fantasear. Se dirá, en fin, que no es una historia, sino, a lo más, una novela histórica, una especie de *chanson de gestes*. Pero también entonces el fondo será histórico. Por verdad que la novela histórica “saca su materia de la Historia, da imágenes de un pasado histórico determinado, sin la pretensión de valer como verdad estricta, aun cuando crea el autor que su representación del ambiente es exacta”³¹.

Reconocemos, como lo reconoce el propio Livio, que es difícil escribir una historia cierta y precisa del lejano y oscuro pasado. Ahora bien, ¿por qué va a renunciar el paduano a meterse por entre la selva de lo fabuloso y fantástico, de lo ficticio y erróneo? ¿Es que aquí no hay también un documento? ¿Es que no hay historia—la única historia entonces conocida, en la que todos creen—dentro de la poesía, hecha canto tradicional?

Todo esto no puede movernos a decir que sean precisamente las virtudes históricas, a la manera que hoy las entendemos, las que han triunfado en la obra de Tito Livio. Reconocemos que ella sólo puede descubrirnos algunos, contados, aspectos del pasado romano. Livio no nos ayudará, en efecto, a reconstruir el más viejo ayer romano, como leyendas, monumentos y escritos de los analistas no le ayudaron tampoco a él. No busquemos en Livio el documento, sino el

30 MENÉNDEZ PELAYO, loc. cit., pág. 14.

31 HUIZINGA, ob. cit., pág. 122.

pensamiento del historiador. Pero a través de ese pensamiento, donde la virtud poética alcanza el más alto grado, acaso podamos descubrir la verdad que anima al poema de la libertad civil romana, las causas que determinaron la grandeza de Roma, los singulares caracteres de la *virtus populi romani integra atque immobilis*. El arte ha laborado sobre la fábula y sobre la historia, sobre lo real y lo ficticio, fundidos y confundidos. La tradición, la tradición romana, tiene de lo uno y de lo otro. Sin desenredar lo inextricable, Livio se asoma a esa tradición y hace preguntas al pasado para traer enseñanzas al presente. La historia de Livio es, sobre todo, una historia instrutiva o pragmática. Es también, como toda historia, narrativa y genética. En su famoso proemio habla Livio de la preocupación por conocer la vida y las costumbres de los primeros romanos, por saber cuáles fueron los hombres y cuáles las artes que, así en la paz como en la guerra, fundaron y engrandecieron el poder de la patria. El historiador quiere seguir el movimiento insensible por el cual se debilitó la disciplina y se relajaron las costumbres, hasta caer por una pendiente cada día más rápida y precipitarse hacia su ruina... ¿Cómo se hizo la historia de Roma? Verdad es que Livio no nos relata siempre hechos ciertos, sino fabulosos y erróneos, de ese *fieri* maravilloso; pero tal vez nos ilumine sobre la suerte de causas y razones por las que pudo hacerse tan grandiosa historia.

Tito Livio escribe una historia de Roma—y aquí nos referimos únicamente a la antigua, no a la moderna y contemporánea, donde la gloria del paduano es inmortal—que puede tener mucho de imaginaria y fabulosa, ora porque a la hora de escribirla carecía de datos ciertos y fidedignos, ora porque los hechos relatados, a más de adornados por la ficción, se mostraban en harta lejanía, ora, en fin—demos satisfacción a los críticos que no son poetas—, porque él mismo poetiza. Pero todavía es de observar que Tito Livio pudo beber en la fuente de la tradición eterna de Roma, penetrar

en las profundidades de la intrahistoria de la casta romana, acercarse con maravillosa intuición a tiempos remotos para descubrir la *causalidad* en la historia de la grandeza del pueblo romano. Señalemos también que Livio tiene su filosofía de la historia, a la manera de un Polibio, al modo imperfecto en que los antiguos se acercaban a interrogar “el factor incógnito de la historia del mundo”. ¿Cuál es el plan del caso, del *hado*, de la *fortuna*, en lo que toca a las acciones humanas? Polibio, al considerar el elemento humano, se preocupa por descubrir la relación que, en el mundo de la realidad, vincula a los efectos con las causas. Polibio quiere conocer la gran obra de la *fortuna*, la cual, tras mover la casi totalidad de las cuestiones mundiales hacia un solo lado, parece que tiene por meta un único fin ³². El griego escribe movido por un principal motivo, a saber: por ofrecer a los lectores, reunidos en un solo cuadro, todos los medios o artes de que se sirvió la fortuna para la realización de su plan ³³. Tito Livio quiere explicar el plan de la *fortuna*. ¿Cuál fue la misión de la ciudad romana? La *fortuna* señaló a Roma una misión universal: el imperio de los pueblos todos del mundo antiguo.

Tito Livio, guiado por religiosos, morales y patrióticos afanes, nos ofrece una historia del desenvolvimiento del pueblo romano y nos explica las causas de la grandeza alcanzada en tal desenvolvimiento. El gran paduano, sobre las bases de las viejas tradiciones—donde la fábula y la historia se funden y confunden—, acomete la tarea de forjar tradiciones nuevas, o mejor, de dar forma y encauzar definitivamente a la tradición eterna de Roma, sin la cual la urbe no podría ya vivir una vida digna y elevada. El historiador hace tradición, es decir, patria. Y la tradición que él forja no es sino la tradición eterna, adormecida en el seno de lo intrahistórico.

32 POLIBIO, 1, 4, 1.

33 Id., 2.

Cuando Livio escribe su historia, el proceso de corrupción de las instituciones de “la República más santa, más grande y más fecunda en buenos ejemplos”, alcanza un grado extraordinario. La poesía de Tito Livio se alimenta de dolores por la patria decadente y maltrecha que se ofrece a sus ojos. En los dolores viven los amores por la grandeza pasada y los sueños y las esperanzas en un retorno de la gloria a las colinas predestinadas de Roma. Livio ve—siente y duele—la corrupción de los romanos de su época, y se afana en volver los ojos a las clases e instituciones históricas. Pese a ese debilitamiento de la disciplina, pese a esa relajación de las costumbres, pese, en fin, a esa corrupción de las instituciones, ¿no será posible que viva todavía una tradición, la tradición eterna de Roma? ¿Es que la *fortuna* no predestinó a Roma el imperio del mundo? El pasado no ha muerto y aún falta el porvenir: Todavía es posible que tornen a vida los siglos que murieron, porque de ellos queda memoria, una memoria que hay que avivar y despertar en la intrahistoria del presente. Tito Livio quiere que se despierten las fuerzas de esa tradición. Esas fuerzas despertarán, porque, pese a todo, no se ha apagado el amor a la paz y habrá de venir quien ponga empeño en el cuidado de la concordia civil. Y viene Augusto, y con él se ve colmada la gran esperanza del pueblo romano. De nuevo la paz y la concordia. Una edad de oro para Roma, tal como fué predicha en el verso virgiliano.

Los *Ab urbe condita libri* abarcaban la historia de Roma desde sus inicios hasta la muerte de Druso, en el año 9 antes de Cristo. Los primeros cinco siglos fueron narrados en veinte libros, y los dos siglos y medio de la República, en los 122 libros restantes. Sólo han llegado hasta nosotros los libros I-X, desde la fundación de la ciudad hasta la tercera guerra samnita (293 a. de C.), los cuales venían a constituir una introducción a la historia moderna y contemporánea; y los libros XXI-XLV, desde la segunda guerra púni-

ca (218 a. de C.) hasta el triunfo de Paulo Emilio (167 a. de C.).

Con relación a los más antiguos tiempos romanos, ninguna otra cosa vamos a decir que antes no quedase dicha o apuntada. Livio se encontró, a la hora de escribir su obra, con materiales que le ofrecían muy poca confianza. Mas no debemos rechazar al paduano diciendo que no es crítico, como un Polibio o un Tucídides. Livio se encontró, frente a la antigüedad, con un problema que se semeja mucho al problema que tenemos nosotros frente a Livio. "Quien con el escasísimo número de fragmentos de la analística que nosotros poseemos—dice Pais—esperase tentar una reconstrucción completa de la génesis de esta y de las otras noticias livianas, atendería a un trabajo digno de ser parangonado a aquel que los antiguos atribuían a las Danaides"³⁴. ¿Qué nos queda de Claudio Cuadrigrario, de Fabio Pictor, de Cincio Alimento, de Varrón y de sus coetáneos? Sólo escasos fragmentos. Y únicamente ridículas leyendas nos suministran Valerio Anziato y Licinio Macro.

No podemos prescindir de Livio, a quien sólo conocemos a través de un material deficiente e incompleto —sumarios, *Periochae*, compendios—, en nuestras investigaciones sobre la fase más antigua y oscura de la historia de Roma. Ciertamente que Niebuhr Niese, Swegler y Pais, en eruditos y luminosos estudios, no dan crédito a la historiografía de fines de la República en lo que atañe a los primeros tiempos de Roma. Pero si Livio no nos ayuda a una reconstrucción exacta de aquella vieja historia, en modo que situemos en cada momento y en cada lugar los verdaderos hechos y las verdaderas instituciones, acaso nos sirva para descubrir, a través de lo anecdótico y fabuloso, un núcleo verdadero que ponga de relieve la marcha general de la historia romana. No olvidemos tampoco que la obra liviana, sea historia artística, sea novela histórica, tiene por fondo lo histórico. Si los hechos

34 PAIS, *Recherche*, vol. I, pág. 209.

relatados por Livio son inciertos, ¿acaso la idea que informa el relato no nos ayudará a averiguar, a adivinar cómo pudieron realizarse los hechos ciertos a cuyo encuentro vamos? Despojada la obra titoliviana de la envoltura accidental, ¿no podrá contribuir a explicar la gran constante histórica de la casta latina, a relevar el espíritu de lo eterno romano, a descubrir el fundamento de la *virtus romana*? La hipercrítica puede llevarnos a no creer en nada; pero advertimos que entonces nos veremos obligados a hacer *nuestra* propia presentación de las cosas y de los hechos, y aquí es bien probable que no nos veamos libres de levantar un edificio fantástico, una construcción imaginaria. La ciencia, hemos de señalarlo, se acostaba más fácilmente a lo imaginario que a lo real.

En verdad, la más antigua historia romana todavía puede ser reconstruída. Y no temamos a las leyendas, si luego hemos de crear otras peores. Como dice Bonfante, la crítica histórica, aplicando sus instrumentos de investigación, ha llegado a deformar la tradición, poniendo en duda la existencia misma de la monarquía. Y he aquí que “frecuentemente, y con los mismos criterios, se trabajaba en la creación de leyendas nuevas más peligrosas que las transmitidas por los romanos, porque al carecer del valor psicológico y social de las leyendas romanas, las cuales merecen ser siempre conocidas, en cuanto que ideológicamente presentan verdades superiores a las de los hechos concretos, se cubrían, por otra parte, con pretensiones científicas”³⁵.

Livio sabe que la leyenda puede contener y contiene falsedades e inexactitudes, pero no cabe negar que la leyenda afluye a la historia, porque su espíritu es conforme con el espíritu de ésta³⁶.

35 BONFANTE, *Historia del Der. rom.*, pág. 100, trad. esp. Madrid, 1944.

36 Si fuera posible abrir los sepulcros donde reposan los Quirites fundadores, y traerlos a vida, y hablar con ellos, ¿qué suerte

Quede a un lado la tarea de desenredar lo inextricable. Vengan juntos lo real y lo ficticio, y no nos preocupemos de las minucias, de los pormenores, de la certeza de un dato, de la exactitud de una entera tradición, porque la verdad está en el entero patrimonio, en la "consistencia del conjunto, no en los particulares" ³⁷. Grande será nuestra conquista si logramos conocer la *mens* que todo lo agita, la *virtus* que hizo a Roma eterna. La historia de Livio es *ιστορία* es indaga-

de extrañas enseñanzas nos darían a los que hoy llevamos la mirada a huesos de los que se fué la carne y también el espíritu? ¿Acaso no nos dirían que nuestras reglas y nuestros cálculos no logran penetrar más allá de la capa exterior tras la cual vibran las ocultas fuerzas que mueven y agitan las acciones humanas? ¿Y no nos dirían también que puestos en pie los monumentos de la *Roma quadrata*, y recompuestos los documentos originales en que se registran los sucesos de la *urbs*, a través de ellos difícilmente podríamos descubrir la parte moral de una historia en cuya realización pusieron igual empeño los hombres y los dioses? Por último, ¿no nos dirían que la *virtus* romana, la *sanctitas*, la *Parsimonia*, no fué un mito o un fantasma, y que la memoria de la *res gestae* del pueblo príncipe de la tierra no fué tan deformada y exagerada por la leyenda—meollo de la poesía de la historia—como conviene a nuestro parecer?

Bajo las tradiciones sospechosas, bajo las leyendas, se vislumbran clarores de historia. En toda leyenda, como en toda novela, aun en la que la sola imaginación crea, la criatura humana es el actor, y el escenario los campos y las ciudades de esta tierra en que vivimos, nos movemos y pensamos. Don Quijote no es una quimera. También ahí está el hombre, el hombre histórico. Quien quiera hacer un estudio sobre la psicología del español, habrá de leer y meditar en la vida del ingenioso hidalgo ingeniado por Cervantes.

Crítica, sí; pero poesía también. Sólo con poesía los muertos tornan a vida. Acerquémonos a la leyenda con buen ánimo, pues que si ella ha desmedido y deformado la historia, acaso nos brinde todavía un trozo de verdad. Descubramos la luz que se esconde tras el velo de la leyenda. O lo digamos con el poeta:

Aguzza qui lector, ben li occhi al vero,
chè il velo è ora ben tanto sottile,
certo chè'l trapassar dentro è leggero.

37. FERRABINO, *L'Italia romana*, pág. 354. Milán, 1931.

ción; pero "indagación de calidades, de ánimos, de ritmos y de reglas" ³⁸.

Las leyendas pueden haber falseado la historia antigua de Roma. Si nos atenemos al testimonio tradicional, la primitiva historia política romana giraba en torno a Rómulo, Numa Pompilio y Servio Tulio, y habría que estimar al primer autor de todo el ordenamiento político, al segundo de todo el ordenamiento religioso y al tercero de todas las normas garantizadoras de la libertad cívica. Ahora bien; puede ser cierto que la tradición recogida por Tito Livio, Dionisio de Halicarnaso, Plutarco y Cicerón, según la cual Rómulo instauró las bases de la constitución monárquica, con el Senado, las tribus, las curias y las gentes, no deba ser atendida como verdadera. Pero nada puede negar la existencia de la monarquía, que encuentra pruebas de gran valor, no sólo en la fuerza de la misma tradición, sino también en la supervivencia en tiempos republicanos de instituciones magistratuales, como el *interrex* y el *rex sacrorum*, así como en los modernos descubrimientos de monumentos arcaicos.

Frente a la crítica demoledora de ciertos investigadores, acaso la actitud más prudente sea la de un Ranke, un Ihne, un Fustel de Coulanges o un De Sanctis. Todavía no sabemos si la arqueología, la filología y la etnografía obligarán a una más favorable disposición al juzgar las leyendas romanas. Los poemas griegos se han hecho historia tras los descubrimientos arqueológicos de Grecia, Troya y Creta.

Acaso ninguno se haya acercado a los más viejos tiempos romanos con mejor disposición que Niebuhr. "Su primer descubrimiento es de un poeta", dice Taine. A la manera de Niebuhr, "busquemos primeramente, no los hechos verdaderos, sino la poesía que los ha hecho nacer; recompongamos las tradiciones, para descubrir en seguida los acontecimientos que ocultan, y adivinemos los cantos nacionales bajo

38 Id., ob. cit., pág. 354.

los textos de los historiadores, que han sacados de aquéllos sus narraciones”³⁹. Pero no caigamos en el defecto en que luego incurre Niebuhr. No pidamos una historia de detalles, que no fué posible a Livio, ni podremos nosotros intentarla. Nunca nos será dado abarcar la totalidad de los acontecimientos, la universalidad de los factores que de hecho han obrado, ni establecer los singulares caracteres de los particulares casos, porque siempre saldrán a nuestro paso mil incógnitas. Nuestra tarea no podrá ser otra que la que se resume en hallar el sentido que informa a la antigua tradición, en descubrir los rasgos generales de la sociedad primitiva, en lograr, en fin, una visión sintética del originario ambiente romano. ¿Una historia sin detalles, una historia de ideas y conceptos más que de hechos? Así la ha llamado Pacchioni⁴⁰. Así la llamamos nosotros. Pero no debemos renunciar a esta tarea, que ya entraña, de por sí, una resignación para el investigador. Aun careciendo de documentos, señalaba Vico que era posible una reconstrucción de la más antigua historia romana. Más recientemente, el insigne Bonfante ha puesto de manifiesto que la estructura de las instituciones jurídicas de época histórica, constituye el documento precioso para conocer los primitivos estados sociales y jurídicos.

Con frecuencia se reprocha a Livio, diciendo que falta en él, no sólo el espíritu crítico, sino también el sentido histórico. Sobre lo primero, ya hemos hablado antes, y sobre lo segundo, poco tenemos que decir. Cuando escasean los documentos y cuando éstos ofrecen poca fe, Livio se mueve en un mundo de obscuridades. Pero cuando los testimonios son fieles, la verdad es compañera del paduano, y aquí tenemos una historia pura y completa. Todas las censuras podrán volcarse sobre Livio a la hora de enjuiciar la primera década; pero la crítica moderna no ha podido menos de reconocer

39 TAINÉ, ob. cit., pág. 81.

40 PACCHIONI, ob. cit., pág. 266.

la gloria inmortal de que es merecedor por la historia de los dos últimos siglos y medio de la República, narrada en los postreros 122 libros.

Ningún título mejor podemos dar a Tito Livio que aquel que le diera Tácito al llamarle historiador de "fe egregia".

JUAN IGLESIAS.